

JOSÉ ÁNGEL VALENTE O LA BÚSQUEDA INCESANTE DEL *LUGAR* DE LA POESÍA

JOSÉ RAMOS
UNIVERSIDAD DE TAMKANG, TAIWÁN

José Ángel Valente (Orense, 1929-Ginebra, 2000) fue el poeta gallego –o bien, *nacido* en Galicia– más importante del siglo XX, así como Rosalía de Castro lo fue del siglo XIX. Y como buen gallego, vivió gran parte de su vida lejos de su tierra natal (Oxford, Suiza, París). La búsqueda incesante del *lugar* donde ha de originarse o manifestarse la palabra poética, constituye uno de los motivos fundamentales de su pensamiento poético. Los dos versos iniciales del primer poema de su primer poemario (“Serán ceniza...”, de *A modo de esperanza*, 1955), “*Cruzo un desierto y su secreta / desolación sin nombre*”¹, sugieren ya esa búsqueda indeclinable. Búsqueda que en su poética tardía deviene travesía del desierto, errancia, extrañamiento, *no lugar*. O bien: el exilio, la extraterritorialidad.

Valente expone su noción de *lugar* en el breve ensayo titulado “El lugar del canto”, publicado inicialmente en *Las palabras de la tribu* (1971)². En este texto, propone Valente una precisa distinción entre los conceptos de patria y lugar:

“Habría que buscar, para descongestión del lenguaje propio y ajeno, el punto histórico de sustitución de la idea o el sentimiento del lugar por el más abstracto de la patria. Porque en lo moderno la patria ha absorbido o anulado al lugar y, siendo como es mayor nuestra pertenencia a la viviente realidad de ésta que a la cristalizada retórica de aquélla, la impuesta noción de patria en vez de ser más universal lo es menos y en vez de realizarnos nos desrealiza” (PT, 30).

La idea de *lugar* es recurrente en la obra poética y ensayística de Valente. En este sentido, Fernando García Lara habla de “la obsesiva búsqueda de Va-

1. *Punto cero (Poesía 1953-1979)*, Barcelona, Seix Barral, 1980, p. 13.

2. 2ª edición: Barcelona, Tusquets, 1994, pp. 30-32. En adelante citaremos directamente en el texto por *PT*, seguido de la página correspondiente.

lente para encontrar el ‘lugar’, pues sólo desde allí, desde ‘el lugar del canto’, podrá desplegarse la estrategia capaz de fundar el mítico espacio que habita la palabra”³. En 1963 publicó un poemario que tituló precisamente *Sobre el lugar del canto*⁴, libro que nunca volverá a incluir en su bibliografía.

En el pasaje citado al inicio podemos ver que la historia, esto es, la historia patria o nacional, sólo puede ser concebida como una gran mentira. Su herencia entraña siempre odio, podredumbre, “fruto triste”. La historia, así concebida, supone una idea monolítica de patria, el discurso petrificado del poder: el canto, la palabra, pasaría a ser de este modo apenas un equívoco receptáculo y portavoz de esa hinchada mentira repetida sin cesar. Mentira que alcanza, puntualizamos, una de sus expresiones más pavorosas en la repugnante consigna “patria o muerte”, tan socorrida en ciertas revoluciones tropicales. Pero la palabra poética no tiene ni puede tener una patria, sino un *lugar*, el “lugar del canto”. “El lugar –escribe Armando López Castro– corresponde por naturaleza a lo poético y sería el punto donde la palabra poética se sitúa. Tan sólo en el lugar puede la palabra restaurar la historia”⁵. Es en este sentido que Valente habla de la “descongestión del lenguaje”: como una forma de encarar la “cristalizada retórica” de la idea de patria, producto de un *discurso histórico* que todo lo avasalla y reduce a simple acto reflejo ideológico. La patria es casi siempre una imposición, el lugar, una elección. La patria fosiliza el lenguaje, el lugar lo encarna.

Se suele entender comúnmente el concepto de patria como un conjunto de representaciones simbólicas –Valente emplea las expresiones “robusta matrona”, “airosa bandera” y “música entre marcial y solemne” (*PT*, 30)– o de formas emocionales convencionales, las cuales muy a menudo no son más que falsificaciones interesadas de la ideología dominante. No de muy distinto modo lo expresaba Luis Cernuda, una referencia esencial tanto en la obra poética como en la ensayística de Valente: “*Es la patria madrastra avariciosa, / exigiendo el sudor, la sangre, el semen / a cambio del olvido y del destierro*”⁶.

En un poema anterior a “Sobre el lugar del canto”, incluido en *A modo de esperanza* (1955), Valente ya dejaba ver su incertidumbre y malestar, o tal vez sería mejor decir su desconfianza, ante la idea de patria. El poema se titula, significativamente, “Patria, cuyo nombre no sé”, y de él reproducimos estos versos: “*Yo no sé si te miro / con amor o con odio / ni si eres más que tierra / para mí. / (...) / Porque he venido ayer / y no sé aún quién eres, / aunque tal vez no seas /*

3. “Poética del juicio estético en José Ángel Valente”, en T. Hernández Fernández (ed.): *El silencio y la escucha: José Ángel Valente*, Madrid, Cátedra/Ministerio de Cultura, 1995, p. 35.

4. Barcelona, Literaturas (Col. “Colliure”), 1963. Lo componen poemas pertenecientes a *A modo de esperanza* (1955) y *Poemas a Lázaro* (1960), más otros que luego formarán parte de *La memoria y los signos* (1966).

5. *Lectura de José Ángel Valente*, León, Universidad; Santiago de Compostela, Universidade, 1992, p. 43.

6. Versos pertenecientes al poema “Río vespertino”, de *Como quien espera el alba* [1947], en *La realidad y el deseo*, 4ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1975, p. 232.

nada más verdadero / que esta ardiente pregunta / que clavo sobre ti. / (...) / Tú eres esta pregunta. / Oh patria y patria / y patria en pie / de vida, en pie / sobre la mutilada / blanca de la nieve, / ¿quién tiene tu verdad?"⁷. Claro está que, como señala el citado López Castro, durante la dictadura franquista había tres palabras que, a fuerza de ser impuestas socialmente de modo implacable, terminaron por convertirse en palabras "completamente inflacionadas"⁸, y producir en consecuencia un rechazo visceral en Valente: "Dios", "España" y "Patria". El poeta opta, entonces, por buscar una respuesta a esa "ardiente pregunta" de su poema: como la patria es una palabra –una idea impuesta– que sólo puede producirle malestar, repulsa o recelo, es preciso encontrar el lugar de lo poético, "el lugar de la reconciliación"⁹, en suma, el lugar del canto. El *lugar*.

Valente concibe ese lugar como una noción carente de representación y de limitaciones, una noción que, desde su perspectiva ético-poética, será siempre superior a la idea de patria. "El lugar –escribe– no tiene representación porque su realidad y su representación no se diferencian. El lugar es el punto o el centro sobre el que se circunscribe el universo. La patria tiene límites o limita; el lugar, no" (PT, 30). En tal sentido, para alcanzar la condición de lo universal sería necesario, por tanto, "ser más lugareño y menos patriota" (PT, 30).

La patria posee unos precisos límites geográficos, históricos y culturales, y los impone a su vez al individuo: la patria limita y se limita. ¿Cuántas guerras y matanzas se han sucedido, y seguirán sucediéndose, a través de los tiempos por defender y preservar unos límites histórico-geográficos sancionados por lo que podríamos denominar la *mitografía nacional*: unas líneas ilusorias elevadas a insensata razón –o sinrazón– de Estado o de fe? La patria denota siempre un espacio cerrado y excluyente, un imaginario egocentrista, la práctica de una cierta autarquía histórica y cultural. En suma, representaciones ideológicas. Por el contrario, el lugar no impone límite alguno, es un punto o centro no reducible a un cerco totalizador. "La Patria –escribe María Zambrano– es una categoría histórica, no así la tierra ni el lugar. La Patria es lugar de historia, tierra donde una historia fue sembrada un día"¹⁰. No en vano, el *Diccionario de uso del español* de María Moliner (2ª ed., 1988), nos da entre las definiciones del vocablo *lugar*: "Porción del espacio, no limitada en extensión, en que está o puede estar una cosa".

El lugar se sustrae a la oclusión ideológica y tiende a lo universal: rechaza la abstracción histórica para remitirse a lo concreto. Abundando en ello, Valente hace referencia a un ensayo de la citada María Zambrano sobre José Lezama Lima, "en quien tan vivamente coinciden universo y lugar" (PT, 30); en ese tex-

7. *Punto cero*, cit., pp. 31-34.

8. A. López Castro: *op. cit.*, p. 43.

9. *Ibid.*, p. 43.

10. *Los bienaventurados*, Madrid. Siruela, 1990, p. 42.

to, de 1968, dice la pensadora española: “La aversión a lo concreto que ha ido acompañando extrañamente y cada vez más a los llamados realismos en todas sus formas, se aparece como la más superficial de las causas que disloca a una figura, a una presencia humana del lugar en que vive, en que respira, se mueve y se da. Y parece restar universalidad a un poeta –alguien que crea o alguien que de veras piensa– al adscribirlo a un lugar determinado”¹¹.

Es esta *dislocación* o pérdida de la noción de lugar en el mundo moderno lo que hoy haría ver como algo ridículo o pedante el nombrar a alguien con su nombre propio seguido del nombre de su pueblo o de su ciudad, como ocurría tantas veces en épocas antiguas: *Zenón de Elea*, *Francisco de Asís*, *Erasmus de Rotterdam*, *Teresa de Ávila*, *Don Quijote de la Mancha*. Al respecto subraya Zambrano: “el que no pueda nombrarse a nadie así no es más que un signo de esa dislocación que el hombre sufre desde hace largo tiempo ya”¹². Para esta pensadora, “habitar un lugar” entraña una especie de recreación de tiempo –un presente siempre luminoso– adecuada a la contemplación de quien, como Lezama Lima en *La Habana*, habita *a plenitud* ese su lugar. Y en este sentido el poeta cubano habita *verdaderamente* su lugar, *La Habana*, porque el laberinto de su ser está en íntima comunicación con el laberinto de su ciudad. Una obra como la del poeta cubano encarna, según Zambrano –juicio que Valente suscribe–, esta singular unidad, “la de hacer tiempo, espacio, lugar propio donde la luz se pose y se vaya conjugando con todo lo que la resiste para dar ritmo, formas, pensamiento”¹³.

Al ejemplo de Zambrano quisiéramos añadir otro, algo más reciente, un ensayo del poeta irlandés Seamus Heaney, de título revelador: “La sensación de pertenencia a un lugar” (1977). Heaney sugiere que existen dos maneras distintas de conocer y apreciar un lugar: “Una es vivida, inculta e inconsciente, la otra es aprendida, culta y consciente. Dentro de la sensibilidad literaria, es muy posible que ambas coexistan en una tensión consciente e inconsciente”¹⁴. Esta tensión se puede apreciar, según Heaney, en la poesía de su paisano Patrick Kavanagh (1905-1967), tan identificada con su lugar nativo, el condado irlandés de Monaghan.

El retorno a lo nativo, aspecto como sabemos esencial para muchos escritores románticos, sobre todo alemanes, está impregnada de un poderoso *sentimiento* –expresión empleada de modo reiterado en este ensayo por el autor gallego– de lugar, e incluso por cierta visión en que lugar y patria llegan a coincidir, pero la misma idea romántica de nación, con su tendencia totalizadora, no hizo otra cosa que empobrecer este sentimiento en favor de proyecciones ideales, abstractas,

11. “José Lezama Lima en *La Habana*”, *Índice*, 232 (Madrid, jun. 1968), p. 29, incluido en *La Cuba secreta y otros ensayos*, ed. de J. L. Arcos, Madrid, Endymion, 1996, p. 171.

12. *Ibíd.*

13. M. Zambrano: *op. cit.*, p. 176.

14. *En De la emoción a las palabras*, trad. y ed. de F. Parcerisas, Barcelona, Anagrama, 1996, p. 115.

supuestamente de categoría superior. Como todos sabemos, los conceptos románticos –desarrollados principalmente, en plena época de la Ilustración, por el filósofo alemán J. G. Herder– de nación y pueblo (*Volk*, en alemán) habrían de tener –hasta el día de hoy– muy cumplido crédito en el nacimiento de los modernos nacionalismos y particularismos universalistas, con todas sus destructivas y desoladoras repercusiones. Por esta razón, a Valente le alarma el hecho de que los por él llamados “seudorrealismos revolucionarios” sólo acabaran asumiendo “una visión histérica o interesada” (PT, 31) de una estrecha noción de patria que en un principio tenían que haber superado.

Para recalcar su crítica del concepto de patria y los excesos retóricos que ésta ha causado en determinados lugares de la poesía contemporánea, Valente echa mano a una lejana –pero no ajena– tradición poética: la poesía antigua de Japón. En el libro *An introduction to Japanese court poetry* (1968), de Earl Miner¹⁵, el poeta de *Punto cero* halla un legado poético que se mueve entre dos polos agónicos: el que surge de una visión animista de la naturaleza, con su sacralización de la tierra y del lugar (y no de la patria), propia del sintoísmo (o shintoísmo), religión mayoritaria en el país oriental, y el que concibe al mundo como mera ilusión, inscrita dentro de la doctrina budista del vacío. Se trata de dos visiones simultáneas, las cuales crean una *tensión* que es característica de la poesía japonesa. Dice Valente: “El sentimiento del lugar, la vinculación al lugar, la no *dislocación* del cantor es nota determinante de la poesía japonesa preclásica y clásica. Incluso poemas netamente proyectados sobre los universales condicionamientos del común existir no escapan a esa precisa vinculación de lugar, que parece sustentáculo indispensable de toda visión de lo humano” (PT, 31; subr. del autor).

Del libro de Miner, Valente se refiere en concreto a un fascinante poema de Kakinomoto Hitomaro titulado “Viendo el cuerpo yaciente de un hombre entre las rocas de la Isla de Samine, en la provincia de Sanuki”¹⁶, recogido en el *Manyōshū*, la más importante compilación poética de la literatura japonesa. Hitomaro (floreció entre 680 y 700) está considerado uno de los grandes poetas japoneses y Miner resalta de este poema su “evocación del sobrecogimiento y admiración por la tierra” y su “celebración de la tierra y la vida”¹⁷, contribuciones ambas del animismo shintoísta. Valente sólo menciona el poema de Hitomaro, pero será preciso, para ilustrar sus precedentes planteamientos, que lo comentemos con más detenimiento, y lo haremos a partir de la traducción libre nuestra de la ver-

15. Stanford University Press, 1968. Valente se centra en el capítulo tres, “Hitomaro”, pp. 36-54.

16. Con el título inglés de “On seeing the body of a man lying among the stones on the Island of Samine in the Sanuki Province”, E. Miner: *op. cit.*, pp. 48-49.

17. *Ibid.*, p. 50.

sión en inglés de Miner¹⁸. El poema comienza justamente con un canto extasiado a la tierra de Sanuki: “*¡Oh preciosa tierra de Sanuki, / asentada donde las algas brillan como gemas! / Quizá por su preciosa naturaleza / nunca me canso de contemplarla, / quizá por su sagrado nombre / es la más divina de las vistas. / Ella florecerá y perdurará / junto con los cielos y la tierra, / con el resplandeciente sol y la luna, / pues nos ha llegado a través de sucesivas edades. / Que el rostro de esa tierra es el rostro de un dios*”.

El sobrecogimiento ante la contemplación de las maravillas de ese lugar, se traduce en una sacralización o divinización de la tierra y la naturaleza: Sanuki es un “*sagrado nombre*” y “*la más divina de las vistas*”, y su tierra, “*el rostro de un dios*”. La tierra está dotada, signo animista, de espiritualidad. El poeta no establece separación alguna entre el paisaje que contempla y su propia visión del mundo; hay, podría decirse, una identificación íntima y creadora del yo poético con el lugar, celebrado en cierto modo como un rito religioso¹⁹. La vida y la tierra son una y una misma cosa. Pero este lugar sacralizado y celebrado a través de la visión del poeta, es también una honda visión de la muerte y de la frágil condición humana.

Las estrofas centrales del poema describen cómo sobre la rocosa isla de Samine se ha desencadenado una feroz tormenta, con el resultado de un hombre muerto sobre las rocas, el cual en ningún momento es identificado expresamente como tal a lo largo del poema. El narrador se identifica con el muerto y ambos nos cuentan sus vicisitudes ante la tormenta. Pero luego se sucede un distanciamiento irónico del narrador: éste se dirige al hombre muerto como si estuviera vivo y visto como si yaciera dormido: “*Construyendo un pequeño refugio, miramos alrededor, / y entonces te vimos: / recostado sobre la playa agitada, / valiéndote de aquellas rocas batidas por las olas / como si la costa a tus órdenes estuviera extendida; / en lugar tan escarpado / te has echado a descansar*”.

La ironía de Hitomaro parece decirnos: Samine es un lugar “*de nombre tan hermoso*”, así como de efectos mortales. Esto lo advierte Miner: “*If one must die, and one must, then divine Sanuki province, and in it Samine of the lovely name, is a good place to die*”²⁰. A continuación, la voz poética nos transmite su preocupación por la suerte de la esposa del hombre muerto: ella, “*esposa adorable*”, ignora el trágico destino que le ha tocado a su marido, y el poeta expresa su impotencia y la imposibilidad de comunicárselo. El poema concluye con una resignada imagen de la frágil condición humana: “*Así que reposa tu cabeza, /*

18. Agradecemos al profesor Juan Ignacio Costero, del Departamento de Filología Inglesa de la Univ. Complutense, por sus muy oportunas observaciones a esta versión.

19. Miner sugiere que el poema ha podido ser una forma de exorcismo contra la muerte.

20. *Ibid.*, p. 50.

recostado sobre el extendido lecho rocoso / de esta orilla escarpada, / mientras el oleaje furioso por el viento llevado / azota eternamente desde mar adentro”.

El poema de Hitomaro es, pues, igualmente una meditación sobre la muerte y su extrema soledad final, en íntima sintonía con el lugar sacralizado. Podemos notar con claridad la constatación de un balance entre los ciclos de vida y muerte, y la consoladora aceptación de que el hombre participa, aunque de manera inescrutable, en el orden divino. Esta meditación sobre la muerte y su entrañable vinculación a un lugar, sugiere a Valente la evocación de otra meditación semejante, las *Coplas a la muerte del padre* de Jorge Manrique.

Apunta Valente la particularidad de que en la tradición poética japonesa no existe la noción de patria, y nos ofrece un dato histórico revelador: durante la Segunda Guerra Mundial el gobierno de Japón solicitó a un grupo de especialistas la preparación de una “Antología de cien poemas patrióticos de un centenar de poetas”. Pero después de un laborioso inventario de miles de poemas tuvieron que renunciar a su tarea porque tal material no existía. Sin embargo, y valga el dato insidioso, nada de esto impidió que Japón, el “Imperio del Sol Naciente”, protagonizara precisamente una de las manifestaciones más agresivas y sanguinarias del patriotismo más fanático llevadas a cabo durante la última gran guerra.

La conclusión de Valente en su ensayo lleva la impronta quijotesca, y este sentido lo ha hecho notar el poeta Salvador Tenreiro: “Lo que la poesía de Valente fue construyendo, más allá de la circunstancia histórica, política, social, fue un lugar, en el sentido estrictamente quijotesco”²¹. En efecto, en el *Quijote* encuentra Valente un ejemplo ideal de esta dicotomía entre la realidad concreta de lugar (téngase presente su emblemático comienzo: “En un *lugar* de La Mancha...”) y la noción abstracta de patria, esto es, entre la palabra poética –el hecho creador– y la inflazón retórica e ideológica. El pasaje citado por Valente cierra el capítulo LXXII de la segunda parte, cuando Don Quijote y Sancho se aprestan a regresar definitivamente a su aldea:

“Con estos pensamientos y deseos subieron una cuesta arriba, desde la cual descubrieron su aldea, la cual, vista de Sancho, se hincó de rodillas y dijo:

–Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve a ti Sancho Panza, tu hijo (...).

–Déjate desas sandeces –dijo Don Quijote–, y vamos con pie derecho a entrar en nuestro lugar (...).

*Con esto, bajaron de la cuesta y se fueron a su pueblo”*²².

Podría entenderse la derivación última del concepto de lugar en el pensamiento poético de Valente según lo que Julián Jiménez Heffernan denomina “poética de la descomposición del lugar o la innominación”, cuando la palabra

21. “José Ángel Valente: el lugar del canto”, *El Universal*, supl. “Verbigracia”, Caracas, 22-7-2000.

22. Reproducirnos el pasaje según la edición de F. Sevilla Arroyo y A. Rey Hazas, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1994, p. 1064.

busca “recomponer un lugar desposeído, un lugar de despojos, un paisaje de ruinas”²³. O por decirlo con palabras de Alfonso Alegre Heitzmann, “el lugar de la ausencia”, donde “palabra y silencio, como luz y sombra, se hermanan”²⁴. En última instancia, para el poeta gallego el lugar de la poesía sería siempre el de la “absoluta interioridad”, el “territorio extremo” de lo más íntimo, tal como señala en su *Lectura en Tenerife* (lectura pública y comentario de poemas, Tenerife, marzo de 1988): “Lugar, pues, el poema, de la absoluta interioridad. (...) La palabra poética, cuando se manifiesta, cuando en verdad se manifiesta, y cuando en verdad la recibimos, nos invita a entrar en ese territorio extremo. Territorio de la extrema interioridad, lugar del no-lugar, espacio vacío y generador, concavidad, matriz, *materia mater*, materia-memoria, material memoria”²⁵.

Incluso Valente terminará por negarle al poeta un lugar propio: “El poeta no tiene, en realidad, lugar que le sea propio”²⁶. El *no lugar* del poeta sería en tal sentido –¿finalmente?– ese ámbito de la desolación que es, en palabras del poeta ruso Joseph Brodsky, la “condición metafísica”²⁷ de la palabra poética: el exilio.

BIBLIOGRAFÍA

- Alegre Heitzmann, Alfonso: “El lugar de la ausencia. Poesía y silencio en José Ángel Valente”, *Quimera*, 152 (nov. 1996), pp. 62-65.
- Brodsky, Joseph: “La condición a la que llamamos exilio (o levando anclas)”, en *Del dolor y la razón*, trad. A. Martí García, Barcelona, Destino, 2000, pp. 32-44.
- Cernuda, Luis: *La realidad y el deseo*, 4ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1975.
- Cervantes Saavedra, Miguel de: *Don Quijote de la Mancha*, ed. F. Sevilla Arroyo y A. Rey Hazas, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1994.
- García Lara, Fernando: “Poética del juicio estético en José Ángel Valente”, en T. Hernández Fernández (ed.): *El silencio y la escucha: José Ángel Valente*, Madrid, Cátedra/Ministerio de Cultura, 1995, pp. 29-47.
- Heaney, Seamus: “La sensación de pertenencia a un lugar”, en *De la emoción a las palabras*, trad. y ed. F. Parcerisas, Barcelona, Anagrama, 1996, pp. 115-140.
- Jiménez Heffernan, Julián: *La palabra emplazada. Meditación y contemplación de Herbert a Valente*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 1998.
- López Castro, Armando: *Lectura de José Ángel Valente*, León, Universidad; Santiago de Compostela, Universidade, 1992.
- Miner, Earl: *An introduction to Japanese court poetry*, Stanford University Press, 1968.

23. “Valente. El alma emplazada”. en *La palabra emplazada. Meditación y contemplación de Herbert a Valente*, Córdoba, Universidad, 1998, p. 352.

24. “El lugar de la ausencia. Poesía y silencio en José Ángel Valente”, *Quimera*, 152 (nov. 1996), p. 63.

25. Santa Cruz de Tenerife, U. I. M. P., 1989, p. 19.

26. *Notas de un simulador*, Madrid, Ediciones La Palma, 1997, p. 13.

27. “La condición a la que llamamos exilio (o levando anclas)”, en *Del dolor y la razón*, trad. A. Martí García, Barcelona, Destino, 2000, p. 35.

- Tenreiro, Salvador: "José Ángel Valente: el lugar del canto", *El Universal*, supl. "Verbigracia", Caracas, 22-7-2000.
- Valente, José Ángel: *El lugar del canto*, Barcelona, Literaturas (Col. "Colliure"), 1963.
- *Punto cero (Poesía 1953-1979)*, Barcelona, Seix Barral, 1980.
- *Lectura en Tenerife*, Santa Cruz de Tenerife, U. I. M. P., 1989.
- "El lugar del canto", en *Las palabras d la tribu*, 2ª ed., Barcelona, Tusquets, 1994, pp. 30-32.
- *Notas de un simulador*, Madrid, Ediciones La Palma, 1997.
- Zambrano, María: *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, 1990.
- *La Cuba secreta y otros ensayos*, ed. J. L. Arcos, Madrid, Endymion, 1996.